

QUNTILIANO MÁS ACTUAL QUE NUNCA

ROSARIO VELASCO MONTALVO

IES Caminàs (Castellón)

depculturaclasica@gmail.com

Resumen

Un breve recorrido por algunas de las propuestas que hace Quintiliano como educador de un orador, en su libro *Institutio Oratoria*, nos permite comprobar que siguen siendo actuales.

Palabras clave

Quintiliano, oratoria, educación, metodología, competencia

Recién aprobada la LOMCE y tras escuchar múltiples debates y opiniones sobre el tema, la mayoría de las veces expresados por personas ajenas a la educación, quizá sea el momento de volver la vista una vez más hacia los clásicos. Y en este caso hacia uno de los maestros con mayúsculas, Quintiliano, y a su obra *Institutio Oratoria*. En este libro podemos leer que en Educación hay principios de sentido común que ya se han probado como válidos hace mucho. Convendría que algunos de los que se afanan en buscar una solución para nuestro sistema educativo, revisitaran de vez en cuando a nuestros clásicos.

Quintiliano en su libro defiende que la retórica no sólo es la base de la educación del orador sino que forma parte de la educación del hombre, como ciudadano del mundo. En la sociedad la escuela es a menudo un lugar al que recurrir cuando lo demás no ha funcionado bien y solemos escuchar que ésta ha de ser el lugar donde se formen magníficos ciudadanos dirigidos, claro está, por la ideología imperante en cada momento, pero además estos jóvenes deben ser competentes en las materias curriculares. Quintiliano, en cambio, pretende que la formación del orador vaya paralela a la formación de la persona, con valores

universales y reconocidos por todos, y ésta no es una mala base para cualquier sistema educativo.

Los políticos actuales alarmados por los sucesivos informes PISA, han creído descubrir cómo mejorar la educación una y mil veces. Últimamente todo se centra en una educación plurilingüe: el niño ha de ser competente en varios idiomas, aunque para ello descuidemos su formación en otras materias; de manera que conocerá muy bien las herramientas de la comunicación pero muchas veces no tendrá nada que comunicar. En este contexto llama aún más la atención que Quintiliano dedique la mayor parte de su obra a la *inventio*, es decir, a la materia de la que se compone el discurso. El buen orador debe ser capaz de hablar de casi todo, ahora bien, como tener formación en todas las materias es imposible, debe al menos hablar de aquellas en que se haya formado:

Similiter de artibus quoque de quibus dicendum erit interim discet, et de quibus didicerit dicet (Libro II, 21-IV)¹

[Aprenderá de aquellas materias de las que deberá hablar y hablará de las que haya aprendido]²

Quintiliano en su obra, conocida también como *La educación del orador*, acompaña a éste desde la misma cuna, y así aconseja que las primeras palabras que el niño escuche sean lo más cultas posible, pues el primer lenguaje es el cimiento de toda nuestra formación, por ello recomienda que las esclavas que criaban a los niños romanos fueran bien habladas, así como todos los que rodeaban la cuna del infante. No convenía que aprendieran aquello que luego no les iba a servir, y además sería un obstáculo del que tendrían que desprenderse para poder avanzar tanto en el pensamiento como en la expresión. ¿Qué pensaría el ilustre orador si oyera a algunos de los niños que llegan a las escuelas de infantil actuales, no sin saber hablar, sino hablando mal o con una retahíla de palabras mal sonantes que ofenden a todo el que los escucha? La sociedad actual ha perdido el respeto por tener un discurso bien organizado, por enriquecer el léxico de la lengua propia, que es, no lo olvidemos, la base de todas las demás materias que aprenderemos más tarde.

Pero volvamos una vez más al ilustre maestro, que proponía que, si los romanos no podían conseguir las mejores ayas para sus hijos, buscaran un buen educador que corrigiera los defectos del idioma que éstas, sin duda, cometerían. Y que lo hiciera antes de que los niños los incorporaran a su lengua como propios. Ahora bien esto sería solo un parche, o una mala solución en la formación del niño.

Si tamen non continget quales maxime velim nutrices pueros paedagogos habere, at unus certe sit adsiduus loquendi non imperitus, qui, si qua erunt ab iis praesenti alumno dicta vitiose, corrigat protinus nec insidere illi sinat, dum tamen intellegatur id quod prius dixi bonum esse, hoc remedium. (Libro I, 1-XI)

¹ Para el texto en latín: <http://www.thelatinlibrary.com/quintilian.html>

² La traducción de los textos es de la autora.

[Sin embargo si no consiguiera que los niños tuvieran las nodrizas como yo quiero, que tengan, al menos un pedagogo acostumbrado y experto en hablar que corrija constantemente lo que estas digan mal delante del alumno y no permita que estos defectos se asienten, **con todo se ha de entender que lo bueno es lo que he dicho antes, y esto sólo un remedio**

Entrando en los rudimentos de la educación, empieza Quintiliano por alabar las dotes que todos poseemos por naturaleza, y así considera que el pensamiento (*mentis agitatio*) es intrínseco al ser humano como el volar lo es a las aves. En los niños asoman promesas de muchas cosas que si desaparecen con la edad no es por falta de inteligencia sino por falta de atención de los educadores, que han de acompañar al joven discípulo. Cuando me desespero como profesora, pienso en estas palabras de Quintiliano:

Argumentum, quod in pueris elucet spes plurimorum: quae cum emoritur aetate, manifestum est non naturam defecisse sed curam (Libro I, 1-II).

[Prueba es que en los niños brilla la esperanza de muchísimas cosas; que cuando se apaga con la edad, es claro que la naturaleza no ha fallado sino el cuidado]

Y por cierto ya se planteaba la formación en más de una lengua, pues es partidario de empezar por el griego, pero sin descuidar la lengua materna, en este caso la latina en la que se ha de ser más competente que en las demás. En todo caso se deben aprender las dos al mismo tiempo para que el estudio de una no perjudique a la otra. También Quintiliano defiende empezar en los primeros años, que es cuando el aprendizaje es más fácil pues la capacidad del niño está en su máximo nivel, para ello aconseja que esas primeras ayas, si es posible sean griegas:

A sermone Graeco puerum incipere malo, (...) Non longe itaque Latina subsequi debent et cito pariter ire. Ita fiet ut, cum aequali cura linguam utramque tueri coeperimus, neutra alteri officiat (Libro I, 1-XIV)

[prefiero que el niño comience por la lengua griega (...) Y así la latina debe seguir a ésta no mucho después, y deben ir a la par. Así sucederá que como hemos empezado a proteger con igual cuidado el estudio de ambas, ninguna de las dos dañará a la otra]

En cuanto al aprendizaje de leer y escribir también nos da su opinión, cree que hay que practicar la lectura lenta y pausada de palabras enteras antes de coger velocidad. Si el maestro hace que el alumno vaya demasiado deprisa se producirán defectos en el lector adulto, como son los titubeos e incluso repeticiones innecesarias que cometen muchos oradores. Leer es un acto muy difícil “*dividenda intentio animi, ut aliud voce aliud oculis agatur*” (se debe dividir la atención del espíritu, de modo que una cosa haga la voz, otra los ojos); y ha de cuidarse muy bien en esas primeras lecciones para que la expresión oral de los futuros oradores sea lo más fluida posible. En cuanto a escribir piensa que deberíamos seleccionar muy bien las frases de muestra que los pequeños alumnos deben practicar bastante

a menudo para aprender a tener una escritura correcta. Según él deberíamos elegir poesías, pensamientos filosóficos, en una palabra frases que no contengan inútiles sentencias. Pues, aunque los niños para practicar la escritura, las repitan sin entenderlas, se puede esperar que cuando sean adultos, las recordaran como grabadas en piedra y entonces las entenderán y podrán ser provechosas tanto en su formación como en su profesión. Quién no recuerda el famoso “mi mama me mima” de inútil servicio, según la opinión de Quintiliano.

Una vez más nos sorprende, ya que parece un experto en educación infantil argumentando acerca de las formas de adiestrar a los pequeños alumnos en las primeras letras, en cambio hoy en día no tenemos claro si es mejor empezar a leer silabeando o con fonemas, o si aprender a escribir y leer al mismo tiempo, muchas opiniones que van variando sin un criterio demasiado científico. De ahí que nos llame aún más la atención la seguridad de la argumentación de Quintiliano.

En el capítulo segundo pasa a defender la escuela pública, llamada así no porque la pagara el Estado sino porque había varios alumnos al mismo tiempo, frente a la enseñanza privada e individual. Como buen orador, elige las dos críticas más habituales de la escuela pública para refutarlas más adelante:

- *unam, quod moribus magis consulant fugiendo turbam hominum eius aetatis quae sit ad vitia maxime prona* (Libro I, 2-II)

[una, porque cuiden más de las costumbres al evitar la multitud de muchachos de una misma edad, muy propensa a los vicios]

- *alteram, quod, quisquis futurus est ille praeceptor, liberalius tempora sua inpensurus uni videtur quam si eadem in pluris partiatur.*” (Libro I, 2-II)

[otra, porque cualquiera que sea el maestro, parece que empleará su tiempo más generosamente en uno que si este mismo tiempo ha de repartirlo entre mucho]

A la primera objeción contesta Quintiliano que, si bien puede que suceda alguna vez que un niño adquiera un mal vocabulario en la escuela, normalmente es algo que ya trae de casa. Son los padres los que estropean a sus propios hijos a veces con regalos excesivos: “*Quid non adultus concupiscet qui in purpuris repit?*” (¿Qué no deseará el adulto que gatea entre púrpura?), en palabras del maestro. Y otras veces los padres aplauden y alientan un lenguaje grosero e incluso soez, que escuchado a niños pequeños sorprende y divierte. Pero cuando crecen y ya lo tienen impregnado en su forma de hablar, entonces ya no hace gracia a los padres y mucha menos a los profesores, que no saben cómo corregir esa inútil y malsonante verborrea de algunos de sus alumnos.

Llama la atención que subraye tanto la importancia de la familia en la educación, parece que no hayan pasado casi dos mil años. Escucho en boca de Quintiliano lo que decimos los profesores en las evaluaciones, cuando nos encontramos con un alumno difícil, la culpa de sus malos modos, no es nuestra, sino de sus padres. Pero, cuidado con vanagloriarnos demasiado, que también deja una bonita receta para los profesionales de la educación, porque advierte al maestro que no tome la enseñanza como un oficio sino como una afición “*nec officium in*

docendo spectet sed adfectum”. No creo que se pueda ser un buen profesional de la educación sin tener en cuenta esta máxima. Somos profesores por amor a una profesión magnífica, y solo con afecto podemos acompañar a nuestros alumnos en su formación.

Vayamos ahora con la segunda objeción a la enseñanza en grupo, que pretendía que la atención de un preceptor en un solo alumno por fuerza ha de ser mejor que esa misma atención repartida entre muchos. Por el contrario, Quintiliano piensa que solo los malos maestros se esconden tras un solo discípulo, los mejores pedagogos gustan de un mayor teatro, pero suponiendo que el mejor maestro del mundo estuviera con un solo alumno, hay momentos del aprendizaje que requieren de la concentración individual y privada; ahí la presencia constante de un preceptor cansa al alumno más que beneficia. Para ejemplarizarlo utiliza la siguiente metáfora:

non enim vox illa praeceptoris ut cena minus pluribus sufficit, sed ut sol universis idem lucis calorisque largitur (Libro I, 2-II)

[en efecto la voz del maestro no es como una cena que satisface menos, repartida entre muchos, sino como el sol que da a todos la misma luz y calor]

Advierte también sobre un número tan grande de alumnos que impida la correcta atención a todos ellos. Tan malo es tener un solo alumno como tantos que, como profesor, no puedas fijarte en el talento individual de cada uno de ellos. Se ve que los actuales gestores no han leído nunca al gran maestro, y con la excusa de la crisis suben la ratio año tras año, y manifiestan que un mayor número de alumnos por aula no es la razón de que baje el nivel de su formación.

Enseguida da su opinión sobre si es mejor una enseñanza individual o en grupo, y como se puede intuir por la argumentación anterior, apoya el aprendizaje en lo que ha llamado escuela pública. Si en todas las materias es importante, lo es más aún en la formación del orador, que en el desarrollo de su profesión ha de vivir rodeado de personas, y además hablar en público será la base de su trabajo. Por ello el orador más adecuado no sería aquel que ha pasado su aprendizaje retirado como un monje, con la única compañía de un preceptor.

Además valora la competición entre iguales como arma de superación personal, la llama emulación de los que más saben. En la escuela que nos presenta Quintiliano, los recién llegados tienen que aprender y practicar lo que muchos de sus compañeros ya dominan, casi siempre imitándolos. Aquí ha de estar atento una vez más el buen maestro que no debe agobiar a los nuevos con demasiados conocimientos y exigencias.

Nam ut vascula oris angusti superfusam umoris copiam respuunt, sensim autem influentibus vel etiam instillatis complentur, sic animi puerorum quantum excipere possint videndum est: nam maiora intellectu velut parum apertos ad percipiendum animos non subibunt. (Libro I, 2-XXVIII)

[Pues como hacen los vasos de boca estrecha que escupen la abundancia de líquido que les rebosa, y sin embargo se llenan poco a poco y gota a gota, así los talentos

de los niños, debe analizarse cuánto pueden recibir: pues lo que sea más grande que su inteligencia no penetrará sus espíritus poco abiertos para aprenderlo]

A continuación nos indica cómo conocer el talento de cada uno de los alumnos. En este caso para Quintiliano síntomas del talento son la memoria y la capacidad para imitar. La primera porque permite aprender con facilidad y retener lo aprendido, en cuanto a la imitación, solo sería válida aquella que emula al maestro o al alumno que va por delante, no la que los ridiculiza. Esta última, según él, es señal de que el alumno que la práctica no tiene el talento apropiado, o no lo utiliza de la mejor manera posible. Defiende además que aprender depende sobre todo de la voluntad y no cabe violencia: “*sed quod studium discendi voluntate, quae cogi non potest.*” (Porque el deseo de aprender depende de la voluntad, que no puede forzarse). Como cualquier pedagogo actual rechaza rotundamente el castigo físico, tan utilizado en su época. Sugiere que a los alumnos más difíciles se puede llegar a través del juego que siempre agudiza el ingenio.

Como maestro, prefiere a aquellos discípulos que puedan ser moldeados con la alabanza y la gloria, pues son los que pueden prosperar a partir de la emulación de los mejores. Pero se debe atender a todos, incluso a aquellos que deben distraerse con el juego porque el estudio se les hace difícil, para estos recomienda que el aprendizaje sea por este medio. Aprovecha el tema para indicarnos que a los más pequeños a través de los juegos se les puede transmitir valores como la honradez y la prudencia, entre otros.

Más adelante entra en el estudio de la gramática, que, según él, siempre ha de servir para saber hablar mejor, puesto que quien sabe hablar, sabe escribir y quien es capaz de escribir también lo es de explicar un poema. Y si los alumnos dominan hasta ese punto la lengua saben también hacer una crítica.

Nam et scribendi ratio coniuncta cum loquendo est et enarrationem praecedit emendata lectio et mixtum his omnibus iudicium est (Libro I, 4-III)

[Porque escribir va unido a hablar, y la lección corregida precede a la explicación detallada, y la crítica se mezcla con todo esto]

Para hacer una buena crítica, el alumno ha de tener conocimientos de varias materias como la música, que trata del metro y del ritmo; la astronomía, y por supuesto la filosofía. Y para hablar con propiedad se necesita también un amplio conocimiento de la elocuencia, o del lenguaje, que es fundamental, como ya hemos visto, para el estudio de cualquier materia. De este modo fija las propiedades de éste en tres: corrección, claridad y elegancia.

Hace ya un tiempo que hemos detectado que uno de los problemas más grandes a los que se enfrentan muchos alumnos es la dificultad de expresar en público lo que saben. Y parece que no tenemos muy claro cómo solucionarlo.

Por tanto, viene bien recordar algunas de las recomendaciones de Quintiliano que tiene como objetivo principal formar buenos oradores para la justicia, la política o el magisterio. Quizá tengamos que volver a estudiar a los grandes maestros de la retórica, para enseñar a nuestros alumnos a hablar bien en

público. Ahora bien no es éste un problema que se dé sólo en las aulas, basta con escuchar una sesión del Congreso de los Diputados para intuir cuanta falta nos hace volver a introducir la retórica en la escuela. En ese caso habría que cambiar el estudio de las lenguas y empezar a pensar en ellas como herramientas que exigen la práctica diaria. La gramática al servicio de la lengua, y no como el núcleo fundamental del estudio de ésta.

En fin Quintiliano es más actual que nunca, al subrayar el valor fundamental de la familia en la educación, la necesidad de tener a los mejores como maestros de los más pequeños, la utilización de una pedagogía basada en el estímulo positivo, la importancia de la lengua como la mejor herramienta de pensamiento y comunicación. La formación en múltiples materias para que el orador pueda hablar con propiedad, la enseñanza bilingüe en los primeros años, y mucho más que va desgranando a lo largo de su gran obra.

Quiero acabar haciendo referencia una vez más, a la actualidad de Quintiliano, que en el proemio de su libro dice que se ha decidido a escribirlo porque ya corrían por ahí dos publicaciones supuestamente suyas que él no había escrito, sino que sus alumnos habían publicado los apuntes de sus clases, sin saberlo él. Así que el “pirateo” de las obras de arte ya existía, tampoco eso lo hemos inventado en este mundo nuestro. Recurramos a sus palabras:

atque eo magis quod duo iam sub nomine meo libri ferebantur artis rhetoricae neque editi a me neque in hoc comparati. (Libro I, proemium VII)

[Y por esto más, porque ya dos libros del arte retórico han sido publicados bajo mi nombre, y yo no los he editado ni preparado]

Pero el gran maestro, lejos de enfadarse, pide disculpas por repetir en este su libro argumentos que ya estaban en los apuntes publicados por sus alumnos, ahora bien cree que en su libro estos argumentos han sido mejorados y sobre todo están mejor ordenados.

Como profesora creo que podemos encontrar algunos buenos consejos en este magnífico libro, como amante del latín es muy satisfactorio leer al gran Quintiliano y comprobar que aún hoy puede ser un referente para nuestros problemas educativos.